

José Antonio Solórzano Pérez, *Sijor, el cómplice. Elogio de la complicidad espiritual*. Khaf, Madrid 2011, 326 pp.

He leído muy despacio —como se paladea, por ejemplo, un agua de limón o una horchata granizada al atardecer, en mi tierra—, esta «nubola» de J.A. Solórzano («Solo», para casi todos), que me envió desde FERE/Madrid a instancias de un amigo común. Con la perspectiva de releerla después más deprisa, por aquello que alguien dijo de que únicamente merecen leerse los libros que merecen releerse. Y también para que no se me terminase demasiado pronto el gusto diario de leer unas páginas. Para no mentir, voy todavía por la página 277, de las 326, es decir, que aún no ha terminado el gozo.

La dedica a sus padres y hermanos, como debe ser. Pulcramente editada por Khaf de Zaragoza. Si no estuviéramos ya en 2011, añadiría que no participo del todo del significado positivo de *complicidad*, que mientras voy leyendo cambio a veces mentalmente por «afinidad» o, incluso, por amistad. Pero comprendo la resuelta connotación de Solo.

Añado aquí, para «empastar» sin querer «pisar» el argumento, una parte de las citas que sucede a la dedicatoria, bien conocida, de Flavio Josefo: *En aquel tiempo apareció Jesús, un hombre sabio. Fue autor de hechos asombrosos, maestro de gentes que reciben con gusto la verdad. Y atrajo a muchos judíos y a muchos de origen griego. Y, cuando Pilato, a causa de una acusación hecha por los hombres principales de entre nosotros, lo condenó a una cruz, los que antes lo habían amado no dejaron de hacerlo.* Sigo, por mi cuenta, con lo que dice san Pedro en una de sus cartas, que nos concierne más: “No habéis visto a Jesucristo, y lo amáis; no lo veis, y creéis en él; y os alegráis con un gozo transfigurado...”. Nosotros somos, queremos ser de esos, ¿verdad?